

Variaciones sobre un tema de Dashiell Hammett

Cuando Frank Thorpe salió aquella mañana de su casa, pensó que tenía sobrados motivos para sentirse feliz. A sus veintiocho años, poseía todo lo que era ambicionable para un hombre de sus condiciones. Un empleo bien remunerado, un hogar envidiable y una excelente posición social. Helen, su mujer, no sólo pertenecía a una de las familias más antiguas y prósperas de la localidad —su padre era un reputado médico, dueño de la mejor clínica del condado—, sino que, al tiempo, era una mujer de excepción en todo sentido. Dueña de un físico como para concurso de belleza; inteligente hasta descollar en su profesión de sicóloga; compañera y madre como pocas; y por encima de todo eso, una amante cabal. Algo que Frank no se había imaginado cuando aquel día —cinco años antes— la había visto por primera vez en la piscina del Country Club, con su espléndido cuerpo de saludable “girl”. Pero que había tenido oportunidad de comprobar una y otra vez durante ese tiempo, cuando la sentía retorcerse bajo su cuerpo como una sierpe enamorada.

Fruto de ese amor y de esa bien correspondida libido, habían sido sus tres hijos, nacidos en los primeros años de matrimonio. Tres encantadores chiquillos que llenaban de gritos y alegría esa casa de Lemon Road, regalo de su suegro, situada en las afueras de la ciudad. Frank la miró de nuevo ahora con su blanco “porche” y su cuidada bouganvilia, destacándose entre los arbustos y flores del jardín, mientras, al timón de su “Chrysler” se dirigía al trabajo en el “down town”. Pensó que precisamente al día siguiente se cumplía el quinto aniversario de su matrimonio, y que no debía olvidar comprarle a Helen aquella

pulsera que había visto en "Leslie's". Aspiraba a que ella pudiera lucirla en esa fecha, pues por primera vez daban una recepción en grande a todas sus amistades.

Dejó el automóvil en el aparcadero del edificio, y antes de subir a su oficina resolvió ir a tomar un café al "Lipton". Salió a la calle, y aspiró una gran bocanada de fresco aire primaveral. Observó, como siempre, el calmado desenvolverse de la vida en Marion Street: el policía que regulaba el tráfico, la viejita que vendía flores, el puesto de periódico, el ir y venir de automóviles y peatones —aun no muy numerosos a esa hora de la mañana—, y allá enfrente, un tanto diagonal, el "Drugstore" y el establecimiento de Tom, cuyo café era insuperable en ese sector. Todo ocurría con esa invariable regularidad que es la normalidad cotidiana. Nada ni nadie pretendía salirse de esa precisa ordenación existencial. Allá enfrente, junto al "Drugs", aparecía el único elemento extraño de ese ordinario panorama de todos los días: un edificio en construcción.

Frank esperó que el policía diera el paso, y atravesó la vía. Compró un periódico en el quiosco y, echándole un vistazo a las noticias, caminó por la acera hacia el "Lipton". Tan distraído iba, que cuando oyó aquel angustioso grito de "¡cuidado!", ya había caído a su vera —exactamente en el sitio que un segundo antes había transitado— un enorme bloque de piedra. Cuando el impacto resonó a su lado, cubriéndole de polvo, apenas sí tuvo tiempo de darse cuenta de lo sucedido. Al principio sólo advirtió, muy objetivamente, el pesado bloque que reposaba allí a su lado, inerme ya tras la amenaza que había representado su caída. Luego oyó las preguntas de varios transeúntes: —¿Le pasó algo? —¿Se siente bien?, como si vinieran de muy lejos. Mas sólo tuvo ánimos para sacudirse el vestido. Sólo después, cuando ya el capataz de la construcción había terminado de presentarle sus excusas y un policía averiguaba sobre las causas de aquello que pudo ser un grave accidente, pudo al fin tener conciencia del inmenso riesgo que había corrido. Miró la piedra, y pensó: "Allí debajo podía estar yo ahora, aplastado como una oruga". Y se dirigió a tomar su café. Sólo entonces comenzó a temblar, hasta el punto que se detuvo a ver si lograba reponerse.

Cuando entró al establecimiento de Tom, tanto éste como Mary —la muchacha que servía a las mesas—, se quedaron mirándolo con sorpresa. —¿Qué le ha pasado, señor Thorpe? Está usted muy pálido—, le gritó aquel desde la barra, mientras que

Mary agregaba: ¡Y cómo se ha ensuciado el traje!— Pero Frank, sin lograr enhebrar palabras, se sentó y pidió un “expreso”. Sólo después de haberlo tomado pudo explicarles lo que le había ocurrido. Después, pidió otro café e hizo como si leyera el diario. Pero su mente estaba en muy distinta función.

“¿Qué cosa hubiera sido de mi vida, de qué elementos hubiera estado integrada —pensaba— si yo hubiera muerto bajo esa piedra? De las privaciones de mi niñez... De mi juventud no más afortunada... De mis dificultades de estudiante, a duras penas superadas por mi buena estrella al ganar aquella beca... De mis frívolos amores de entonces... Y aun en estos últimos años, cuando un mayor bienestar he gozado, ¿qué ha sido en verdad de mi vida? De mi trabajo en la Fergus Insurance Company... De mis vacaciones en Atlantic City... De hacer el amor con Helen dos o tres veces en la semana... De las interminables cenas donde mis suegros... De las partidas de golf de los sábados... ¿Pero cómo? ¿Apenas eso? ¡Qué insignificancia! Sin duda que mi vida no habría sido nada del otro mundo si yo hubiera muerto hoy. ¡No, no puede ser así! Tengo que vivir realmente mi vida. Llenarla de mejores contenidos, de algo bien distinto a este incoloro transcurrir. Despojada de este ordenado y aburrido decurso, donde todo obedece a un consabido plan, a la realización diaria y repetida de las mismas cosas insulsas... ¡No, caramba! Tengo que cambiar esta vida. ¡Debo vivirla mejor!”

Y de pronto se le apareció muy claramente lo que tenía que hacer. Dejó sobre la mesa el valor del consumo y se levantó como un autómata, sin despedirse siquiera del bueno de Tom. —¿Cómo, señor Thorpe, se marcha ya?— le dijo aquel. Ni siquiera le contestó y procedió a salir. En la esquina tomó un taxi y se dirigió a la Estación Ferroviaria. Adquirió un billete en el primer tren que salía hacia el oeste, y en la tienda de variedades compró algo para leer. A poco anunciaron la partida. Subió y se puso cómodo. Cuando ya el convoy hubo estado en plena campiña, se entretuvo un rato con el verde espectáculo de las granjas, que reiniciaban sus actividades después del largo invierno. Hombres y animales retomaban sus labores. Todo empezaba de nuevo. “También mi vida recomienza ahora, y ante mí tengo quién sabe cuántas infinitas posibilidades” pensaba, mientras abría el libro que había adquirido poco antes.

Era una edición de bolsillo de “El halcón maltés”, de Dashiell Hammett. No hacía mucho había leído “Cosecha roja” y

“La llave de cristal”, de ese mismo autor, cuyo estilo sobrio y preciso le había agradado mucho. Pronto se sintió atraído por la sostenida acción y por la argucia profesional del detective Spade, uno de los personajes. La lectura lo dominó hasta el extremo de olvidarse de su propia situación. Más de una hora había transcurrido así, cuando un episodio de la novela lo impresionó sobremanera. Era aquel en que Spade le contaba a Iva la historia de un tal Flitcraft, quien un día había salido de su casa sin dejar rastro, pues por varios años no se supo nada de él. “Desapareció —decía Spade— como desaparece un puño cuando se abre la mano”. Frank pensó que se trataba de una bonita imagen, y continuó leyendo cómo se desarrollaba el relato. Por encargo de la señora Flitcraft, Spade comenzó a investigar a un hombre que vivía en Spokane y que, según los informes recibidos por ella, era muy parecido a su extraviado esposo. Frank leyó entonces lo que exactamente contaba Spade: “Fuí allí. Y, efectivamente, era Flitcraft. Llevaba viviendo en Spokane un par de años bajo el nombre de Charles Pierce. Era propietario de un negocio de automóviles y tenía unos ingresos de veinte o veinticinco mil dólares al año, una esposa, un hijo de menos de un año y una cómoda casa en un buen barrio de las afueras de Spokane. Solía jugar al golf a las cuatro de la tarde durante la temporada”.

Frank, dejó de leer un momento y, viendo lejos por la ventanilla, pensó en el motivo que hubiera podido tener el tal Flitcraft para escaparse de ese modo. Luego, volviendo al hilo de la narración, llegó a un punto que le interesó especialmente. Spade continuaba su cuento: “Lo que le ocurrió a Flitcraft fue lo siguiente. Cuando salió a comer pasó por un edificio aun en obras. Todavía estaban poniendo los andamios. Uno de estos cayó a la calle desde una altura de ocho o diez pisos y se estrelló en la acera. Le cayó bastante cerca; no llegó a tocarle, pero si arrancó de la acera un pedazo de cemento que fue a darle en la mejilla...” Apresurando la lectura, los ojos de Frank recayeron sobre este otro párrafo: “Lo que le conturbó —decía Spade— no fue, primordialmente, la injusticia del hecho, pues lo aceptó una vez que se repuso del susto. Lo que le afectó fue descubrir que al ordenar sensatamente su existencia se había apartado de la vida en lugar de ajustarse a ella. Me dijo que, tras caminar apenas veinte pasos desde el lugar en donde había caído la viga, comprendió que no disfrutaría nunca más de paz

hasta que no se hubiese acostumbrado y ajustado a esa nueva visión de la existencia. Pero cuando acabó de comer ya había dado con el procedimiento de ajuste. Si una viga al caer accidentalmente podía acabar con su vida, entonces él la cambiaría, entregándola al azar, por el sencillo procedimiento de irse a otro lado...

Interesado en el extraño caso, Frank llegó rápidamente a las líneas finales: "Su segunda mujer no se parecía a la primera físicamente, pero las diferencias entre ellas eran menores que sus semejanzas. Ya sabe usted, mujeres las dos, de esas que juegan aceptablemente al bridge y al golf, y que son aficionadas a las nuevas recetas para preparar ensaladas. No lamentaba lo que había hecho. Le parecía razonable. No creo que nunca llegara a darse cuenta de que llevaba la misma clase de vida rutinaria de la que había huído al escapar de Tacoma..." Le impresionó tanto esta última observación que casi se sintió aludido. Hizo a un lado el libro y se puso a meditar en el fondo de aquella historia. Indudablemente que había sido una curiosa coincidencia que, en la situación en que él se encontraba, hubiera tropezado con aquel pasaje tan ilustrativo. En ese momento, el tren silbó largamente. Llegaba a una estación. Compró un boleto de regreso y volvió a su ciudad. Cuando llegó era media tarde y tuvo aun tiempo de comprar en "Leslie's" la pulsera que al día siguiente quería obsequiar a Helen.